



CARTA PASTORAL

EL AMOR FAMILIAR: VOCACIÓN Y CAMINO DE SANTIDAD

El pasado 19 de marzo el Papa Francisco inauguraba el Año “Familia Amoris Laetitia” que culminará en el mes de junio de 2022 con el Encuentro Mundial de las Familias que se celebrará en Roma. El mismo Santo Padre explicaba en su alocución tras el Angelus del 14 de marzo de 2021 el sentido de este Año de la Familia: “*un año especial para crecer en el amor familiar. Invito a un renovado y creativo impulso pastoral para poner a la familia en el centro de la atención de la Iglesia y de la sociedad*”. Es mi intención, como Arzobispo de Toledo, que aprovechemos esta oportunidad de gracia que el Señor nos concede.

1. Una mirada a las familias

La presente pandemia, que nos ha golpeado tan fuertemente, ha supuesto un dolor grande para tantos que han perdido a seres queridos y para los que aún sufren las secuelas de la enfermedad del coronavirus. Han sido muchos los que han perdido sus empleos y atraviesan una situación de gran precariedad. Una vez más quiero manifestar mi cercanía y mi oración por todos ellos.

Esta pandemia también ha vuelto a poner de manifiesto que la familia es la célula fundamental de la sociedad, el lugar donde cada uno de nosotros somos amados incondicionalmente y donde nos sentimos arropados y cuidados. Por eso, el sufrimiento de las personas que han tenido que vivir estos días difíciles en la soledad, sin el calor de una familia, ha sido en muchas ocasiones mayor aún.

Quizás por este motivo llama la atención que, a pesar de lo vivido recientemente, una mirada realista nos haga descubrir que la institución familiar sigue atravesando hoy una gran crisis, no sólo por el número creciente de divorcios, sino también por el descenso del número de matrimonios. Desde hace unos años el matrimonio aparece para muchos de nuestros jóvenes como algo alejado de su horizonte vital.

En medio de esta situación tan complicada son también muchas las familias que brillan como “luz del mundo” (Mt 5,14). Quiero agradecer todo el trabajo llevado a cabo desde hace años en nuestra Archidiócesis en favor de las familias, especialmente durante el pontificado de mi predecesor, el arzobispo D. Braulio Rodríguez Plaza. Han sido muchos los proyectos y las iniciativas que se han puesto en marcha para ayudar a las familias a vivir su vocación.

Doy gracias al Señor por tantas y tantas familias que viven su vocación con alegría y entrega, a imagen de la Sagrada Familia de Nazaret, en lo ordinario de cada día, con una gran fidelidad.

Para profundizar en esta mirada a la situación de la familia, os invito a releer el capítulo II de la Exhortación Apostólica “Amoris Laetitia” en el que el Santo Padre hace un análisis sobre la “Realidad y desafíos de las familias”.

2. El plan de Dios para la familia

En el discurso que el Papa pronunció en el acto convocado con motivo de la apertura del “Año Familia Amoris Laetitia”, el pasado 19 de marzo de 2021, dio dos claves que creo que son muy iluminadoras: la franqueza del anuncio del Evangelio y la ternura del acompañamiento.

La franqueza del anuncio del Evangelio

Debemos aprovechar este año de la familia para volver a proponer la belleza del Sacramento del Matrimonio, de manera especial a nuestros jóvenes.

San Agustín en sus escritos plantea la siguiente cuestión: “¿quién puede amar lo que ignora? Se puede conocer una cosa y no amarla; pero pregunto: ¿es posible amar lo que se desconoce?” (San Agustín en *De Trinitate*, VIII, 4, 7. Traducción de Luis Arias, BAC, Madrid, 1956). Aunque en este texto el gran doctor de la Iglesia se refiere al conocimiento de Dios, podemos

aplicar este mismo interrogante al Sacramento del Matrimonio y obtendremos una de las claves de la crisis en torno a este Sacramento. No sólo son muchos los jóvenes que ignoran su grandeza, sino que también muchos de los mismos matrimonios viven al margen de esta verdad, lo que hace que en demasiadas ocasiones caigan en una monotonía tediosa, convirtiéndose en candidatos a sucumbir ante una crisis conyugal.

Esta afirmación no quiere ser en ningún caso un lamento estéril sino, al contrario, una invitación, una acuciante llamada para buscar cauces que vuelvan a mostrar a nuestro mundo que es posible el amor entre un hombre y una mujer para toda la vida, precisamente porque están sostenidos por la gracia del Sacramento. No solamente es posible, sino que es un camino que cuando se vive en su verdad hace inmensamente felices a los cónyuges.

De manera especial quiero invitar a la comunidad diocesana a reflexionar sobre cómo podemos ayudar a nuestros niños, adolescentes y jóvenes a descubrir esta belleza del Matrimonio cristiano.

Me parece sumamente importante que en todo el proceso de la iniciación cristiana esté muy presente la dimensión vocacional. Que nuestros niños aprendan en sus hogares que la vida es la respuesta a la llamada que el Señor nos hace a vivir el amor en plenitud. Por eso, debemos ayudar a los padres de familia a cultivar este clima vocacional. En este sentido, quiero agradecer al Seminario Menor todas las iniciativas que está desarrollando de cara a ayudar a las familias, ofreciéndoles pautas para colaborar en el discernimiento de la vocación de sus hijos. También nuestros catequistas y profesores de religión deben abordar con pasión este tema en su presentación del misterio de la fe. Asimismo, los colegios de inspiración cristiana no deben descuidar este aspecto esencial.

Para que esta respuesta a la llamada del Señor sea posible es necesario que, desde muy pequeños, los niños vayan conociendo la verdad y vayan fortaleciendo su voluntad por el ejercicio de las virtudes, teniendo siempre como fundamento el encuentro con Jesucristo Resucitado, que llena el corazón de su alegría y de su paz. Propiciemos ocasiones para que se produzca este encuentro personal que transforma la existencia. No nos conformemos solo con que cumplan un conjunto de normas o aprendan una serie de verdades porque, como decía el Papa Benedicto XVI en el número 1 de su encíclica *Deus Caritas Est*: “*No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*”.

Mostremos a nuestros jóvenes el alto ideal de la vida matrimonial, que no es una vocación de segunda para los que no han sido llamados al sacerdocio o a la vida consagrada, sino que es una auténtica elección del Señor. Creo que en este aspecto puede ayudarles mucho el testimonio feliz de los matrimonios cristianos que, en medio de sus problemas y de las fatigas de cada día, permanecen fieles a su vocación.

No quiero pasar por alto, como elemento clave en esta respuesta a la vocación al amor, la importancia de una adecuada educación afectivo-sexual. Como nos recuerda el Papa en *Amoris Laetitia*: “*El Concilio Vaticano II planteaba la necesidad de «una positiva y prudente educación sexual» que llegue a los niños y adolescentes «conforme avanza su edad» y «teniendo en cuenta el progreso de la psicología, la pedagogía y la didáctica». Deberíamos preguntarnos si nuestras instituciones educativas han asumido este desafío. Es difícil pensar la educación sexual en una época en que la sexualidad tiende a banalizarse y a empobrecerse*”. (*Amoris Laetitia* 208). Es necesario enseñar a amar de verdad, con profundidad, con respeto. Aquí quiero agradecer a la Fundación “Centros de Orientación Familiar” la tarea que está realizando mediante el proyecto Yoenti, que en estos años ha brindado esta sana educación a miles de adolescentes y jóvenes. Animo a proseguir con empeño esta misión.

Trabajemos por mostrar esta belleza del sacramento a todos los matrimonios, para lo cual serán de gran ayuda los movimientos familiaristas presentes en nuestra Archidiócesis. Invito a todos los matrimonios a volver a saborear en la oración las ricas enseñanzas del capítulo IV de la Exhortación “*Amoris Laetitia*” en el que se habla de “El amor en el matrimonio”.

La ternura del acompañamiento

Desde el inicio de mi ministerio episcopal he querido impulsar una pastoral con corazón, que no se quede en una fría estructura, en propuestas alejadas de los problemas reales de los hombres y mujeres de nuestro mundo. La Iglesia tiene la misión de mostrar la Misericordia del Corazón de Cristo, especialmente hacia los que sufren, los que están en las periferias, los que experimentan la pobreza material o espiritual.

Aquí quiero detenerme en el acompañamiento a los matrimonios que experimentan crisis. El Papa dedica los números 232 al 240 de la Exhortación Apostólica “*Amoris Laetitia*” a esta realidad. Me parece que en estos tiempos de “lo provisorio” tenemos que invertir nuestros mejo-

res recursos y energías para ofrecer una ayuda eficaz a estos matrimonios, de manera que puedan salir juntos fortalecidos de sus pruebas.

Con mucha frecuencia, se presenta como única salida para las crisis la separación y el divorcio. Cuántas veces cuando una persona que tiene un problema en su matrimonio consulta qué debe hacer a los de su entorno el “veredicto” que recibe es que se ha acabado el amor por lo que tiene que romper su matrimonio para dejar de sufrir ya que se merece una oportunidad de volver a empezar para ser feliz. No podemos negar que hay situaciones muy complejas, en las que la convivencia entre los esposos se ha deteriorado mucho. Pero estoy convencido de que debemos reavivar la esperanza de estos cónyuges en dificultades porque, como decía con vigor San Juan Pablo II, *“¡Esposos y familias de todo el mundo: el Esposo está con vosotros!”* (Carta “*Gratissimam Sane*”, 2 de febrero de 1994).

En numerosas ocasiones se plantean como remedio a las crisis planteamientos meramente horizontales, olvidando la eficacia de la gracia del Sacramento del Matrimonio. Se dan consejos psicológicos de todo tipo que, cuando están basados en una antropología adecuada, pueden ser de gran ayuda; pero me parece que no debemos quedarnos sólo ahí. Los cónyuges el día en que contraen el Sacramento del Matrimonio pronuncian solemnemente estas palabras: *“prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida”*. Desde el punto de vista humano puede parecer una locura comprometerse a amar para siempre al cónyuge, pero la gran noticia es que no están solos en esta aventura porque Jesucristo es el garante de esta promesa.

Invito a todos a salir al encuentro de las parejas en crisis, mostrando una cálida acogida, escuchando con paciencia sus problemas, con misericordia y comprensión, conscientes de la palabra profética del Señor: *“la caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará”* (Is 42,3). Esto quiere decir que el Señor no da por perdido ningún matrimonio y que, poniendo los medios adecuados, humanos y sobrenaturales, puedan salir adelante fortalecidos.

En este camino de acogida misericordiosa también debemos salir al encuentro de las personas que han experimentado una ruptura matrimonial. Aquí quiero destacar la labor del Grupo “Santa Teresa”, de pastoral con mujeres separadas, con las que he tenido ocasión de reunirme en varias ocasiones, disfrutando de su testimonio de fe y de valentía. Creo que es un claro ejemplo de acompañamiento para estas y otras situaciones difíciles, saliendo al encuentro de nuestros hermanos que sufren con fidelidad creativa, porque *“se trata de integrar a todos, se debe ayudar a cada uno a encontrar su propia manera de participar en la comunidad eclesial, para que se sienta objeto de una misericordia «inmerecida, incondicional y gratuita».* Nadie puede ser condenado para siempre, porque esa no es la lógica del Evangelio”. (Amoris Laetitia 297).

3. El camino con las familias

En este último número de la carta quiero invitar a todos, sacerdotes, personas consagradas y laicos, a que se cuide y potencie la pastoral familiar, desde el convencimiento de que sin esta pastoral es más difícil que las otras pastorales den frutos abundantes.

El Congreso Nacional de Laicos, celebrado en Madrid el pasado mes de febrero, quiso poner de relieve esta corresponsabilidad de los fieles laicos y para mí es un gozo constatar cómo en nuestra Archidiócesis son los matrimonios y las familias, acompañados por los sacerdotes, los que están al frente de esta labor de evangelización, ya que no son sólo destinatarios de la acción de la Iglesia, sino protagonistas de este anuncio gozoso.

Además de toda la hermosa labor que se viene haciendo, quiero proponer dos iniciativas para este “Año Familia Amoris Laetitia”.

En camino con las familias

He querido tomar este nombre, empleado por el Papa Francisco, para denominar unos encuentros que deseo tener con las familias en las distintas Vicarías Territoriales a lo largo del próximo curso pastoral. Dichos encuentros posibilitarán momentos de oración, de diálogo sobre los temas que interesan a las familias, de evangelización y de celebración festiva de la alegría del amor.

Es cierto que en mis visitas a las parroquias de la Archidiócesis y en los distintos actos que se organizan me estoy encontrando con muchos matrimonios y familias, pero deseo dedicar un tiempo sereno para escuchar a las familias, para ponerme con ellas a la escucha de lo que el Señor les quiere mostrar a través de su Palabra, para discernir juntos caminos de evangelización.

Semana del Matrimonio

Convocada por la Conferencia Episcopal del 14 al 20 de febrero de 2022, deseo que esta Semana del Matrimonio se viva con intensidad en nuestra Archidiócesis, para lo cual se elaborará un calendario de actividades que ayuden a mostrar esta belleza del matrimonio, convocando a los jóvenes, a los recién casados, a todos los cónyuges.

Como decía el inicio de esta carta, aprovechemos este momento de gracia que el Señor nos concede. Dejémosnos interpelar por la exhortación del apóstol San Pablo: “Ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación” (2 Co 6,2). Acudamos a la intercesión de la Sagrada Familia. Pongámonos en camino con nuevo ardor para servir el Evangelio de la Familia.

Pedimos a la Virgen de Guadalupe por el fruto de la recientemente creada Vicaría de Laicos, Familia y Vida.

Oración oficial para el X Encuentro Mundial de las Familias

22-26 de junio de 2022

Padre Santo,
estamos aquí ante Ti
para alabarte y agradecerte el gran don de la familia.

Te pedimos por las familias
consagradas en el sacramento del matrimonio,
para que redescubran cada día la gracia recibida y,
como pequeñas Iglesias domésticas,
sepan dar testimonio de tu Presencia
y del amor con el que Cristo ama a la Iglesia.

Te pedimos por las familias
que pasan por dificultades y sufrimientos,
por enfermedad, o aprietos que sólo Tú conoces:
Sostenlas y hazlas conscientes
del camino de santificación al que las llamas,
para que puedan experimentar Tu infinita misericordia
y encontrar nuevas formas de crecer en el amor.

Te pedimos por los niños y los jóvenes,
para que puedan encontrarte
y responder con alegría a la vocación
que has pensado para ellos;
por los padres y los abuelos, para que sean conscientes de que son signo
de la paternidad y maternidad de Dios
en el cuidado de los niños que, en la carne y en el espíritu,
Tú les encomiendas;
y por la experiencia de fraternidad que la familia puede dar al mundo.

Señor, haz que cada familia
pueda vivir su propia vocación a la santidad en la Iglesia
como una llamada a ser protagonista de la evangelización,
al servicio de la vida y de la paz,
en comunión con los sacerdotes y todo estado de vida.

Bendice el Encuentro Mundial de las Familias
Amén

Toledo, 12 de julio de 2021

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España